

La tercera parte del cuento se marca exactamente al iniciarse el último párrafo del cuento. Quiroga pone fin al relato con una nueva exteriorización de la perspectiva. Es justamente la visión del caballo que se decide a pasar entre el poste y el hombre tendido en la gramilla, marcando con precisión la hora de la muerte del hombre en agonía:

Pero el caballo rayado de sudor, e inmóvil de cautela ante el esquinado del alambrado, ve también al hombre en el suelo y no se atreve a costear el bananal, como desearía. Ante las voces que están próximas: — ¡Piapiá! —, vuelve un largo rato las orejas inmóviles al bulto; y tranquilizado al fin, se decide a pasar entre el poste y el hombre tendido, que ya ha descansado ¹⁹.

La narración se perfila en tercera persona omnisciente y el narrador trata de mostrarnos una muerte irreal para no desarrollar un desenlace abrupto. El tiempo psicológico predomina en la acción, o sea lo contrario de *A la deriva*, donde el tiempo cronológico domina la acción. La acción narrativa en *El hombre muerto* está muy bien realizada uniendo dos planos temporales: el exterior, que se ejecuta en 17 minutos, y el interior, que sólo se prolonga por dos minutos; así nos lo deja percibir el monólogo:

Desde hace dos minutos su persona, su personalidad viviente, nada tiene ya que ver con el potrero, que formó él mismo a azada, durante cinco meses consecutivos, ni con el bananal obra de sus solas manos. Ni con su familia. Ha sido arrancado bruscamente, naturalmente, por la obra de una cáscara lustrosa y un machete en el vientre. Hace dos minutos: se muere ²⁰.

MANUEL ANTONIO ARANGO

Laurentian University,
Ontario, Canadá.

ALGUNOS TOPÓNIMOS INDÍGENAS DE COLOMBIA

Hemos pensado muy poco en el fenómeno específico de la sustitución de la parte más cuantiosa de las lenguas indígenas de América por la lengua española, a partir del Descubrimiento. Bastó la presencia de algunos capitanes valientes y de muchos soldados aventureros procedentes de Castilla, León y Andalucía, para que se efectuara en diver-

¹⁹ *Op. cit.*, pág. 82.

²⁰ *Op. cit.*, pág. 82.

sos horizontes la incorporación de la lengua española al diálogo con los dialectos aborígenes.

Sin ese diálogo, los españoles no hubieran logrado mantenerse erguidos en tierra tan extraña para ellos.

Las gentes antillanas llevaron a ese diálogo la lengua aprendida desde su primera infancia. Lo propio sucedió a los naturales de todo el continente, ya hubiesen nacido en lo más intrincado de los montes andinos, ya en los valles más agradables del Río de la Plata o de México. Y, por su parte, los conquistadores participaron en esa conversación empleando las voces que habían resonado tantas veces en los cortijos de Valladolid o de Segovia antes de que el Almirante hubiera llegado con sus carabelas al Nuevo Mundo.

Cada uno llevó lo suyo. Es decir lo recibido por tradición indefinida.

Los conquistadores emplearon palabras y frases en cuya contextura hubieran podido distinguirse elementos latinos y griegos, árabes, hebreos y celtas. Y los conquistadores usaban de todo lo que había pertenecido a sus abuelos más remotos, ya hubiesen atravesado estos el mar desde las islas de la Oceanía o las nieves perpetuas durante las noches iluminadas por la estrella Polar.

Fuertes en extremo son las vinculaciones del hombre con su lenguaje. Por esto resulta fenómeno sorprendente la disminución paulatina y luego la extinción de la mayor parte de los dialectos americanos. Es obvio deducir la potencia interior de la lengua española, pues consiguió abatir a sus opositores en repetidos combates.

El conflicto empezó en la mañana del 12 de octubre de 1492. No ha concluido todavía.

Aquel día los castellanos preguntaron a los naturales todo lo que uno quiera imaginar, si se atiende a su sorpresa sin límites. Pero sus preguntas quedaron sin respuesta inteligible.

Centenares de lenguas y dialectos salieron al paso de los descubridores, en proporción semejante a la muchedumbre de las provincias alcanzadas en sus gigantescas correrías. Los poseedores de Guanahaní pertenecían a un archipiélago de dimensiones harto dilatadas. Al acudir a una cualquiera de las islas vecinas les era indispensable valerse de embarcaciones ligeras para cuyo mando resultaban precisas la destreza de los remeros y el conocimiento de las aguas. Bien sabemos que no disponían de barcos mayores sino de frágiles naves a las que llamaban "canoas"; y se comprende que los recién llegados debieron de mirar como de ínfimo poderío y alcance a tales embarcaciones rústicas.

Sorprendidos los descubridores delante del bosque numeroso y de las plantas florecidas que se asomaban en la espesura al percibir sus pasos, expresaban en el aire nuevo de América su estupefacción y alegría. Las palabras que salieron urgidas de sus labios, se confundieron con las exclamaciones de los nativos: aquella mañana de octubre ofre-

ció un conjunto de voces igualmente conmovido y confuso, vital anuncio de los tiempos venideros en el acontecer de la historia.

Agazapados los indígenas, unos al lado de otros o cubiertos por el abrigo natural que les brindaban los altos árboles, dejaban entrar a sus oídos las expresiones castellanas, mientras el brazo derecho de Cristóbal Colón señalaba a sus acompañantes el paisaje de la isla entendida por él como parte de los dominios del Gran Kan.

Debe recordarse que los vocablos de que se sirvieron los aborígenes de las Lucayas o Bahamas para expresarse en presencia de los hispanos, no eran conocidos en otros lugares de las Antillas.

Circunstancias tan graves como radicales mantuvieron firme la insularidad de innumerables agrupaciones y el aislamiento lógico de quienes hablaban dialectos ignorados recíprocamente. División y subdivisión humana parece que hubiera sido entonces la ley ineludible. De allí resultó, como fatal balance, la inexistencia de una sola entidad política, vigorosa, fuerte y rica, en edades anteriores al siglo de los descubrimientos.

¿Hubieran podido hacerse una sola entidad para el momento de la guerra las tribus que se habían valido de la paz para mantenerse aisladas? ¿La vista del peligro común habría bastado para desvanecer como un soplo los odios antiguos y ancestrales? ¿Hubieran superado con el noble espíritu de la fraternidad el ímpetu feroz de las venganzas tradicionales?

Cada palabra expresada por el indio era como un flecha disparada por su brazo nervudo y fiero; y cada voz del español era semejante a las vibraciones mortales de los arcabuces o como la picadura de su lanza. Mediante los duros términos de esa pugna destructora y aguda, uno y otro se dieron cuenta de su fuerza peculiar o de su propia debilidad.

El indio no pudo pensar nunca en abandonar su lengua por razón de las armas. Pero se plegó, por razones propias de la naturaleza y de la vida, a entrar en contacto con los nuevos pobladores de su mundo.

Mientras el español dispone con ayuda de indios los cimientos requeridos para dar solidez a los muros de una casa de cal y canto, dichos indios oyen por primera vez las expresiones esenciales de tan sencilla arquitectura. En otros términos, el conquistador está llevando a los oídos de sus azorados ayudantes ciertas palabras con cuyo auxilio proyecta permanecer ahincado en la comarca a donde lo condujo la aventura.

Esos aborígenes obedecen al constructor, no sin que murmuren de él aprovechando que este no puede comprender lo que dicen. Le oirán como a un extraño codicioso y audaz, pues ha demostrado larga fiera para arrojar al polvo a sus caciques y pregonar su propia dominación.

No pueden considerarlo como señor, pues ni siquiera es de su gente o de su raza, pero se encuentran obligados a servirle aunque en el fondo de su corazón lo detesten. Acarrear la piedra y la arena, contemplan por breves instantes el cielo tachonado de nubes, inclinan luego la cabeza para seguir trabajando y miran la tierra oscura con señales ciertas de pesadumbre.

A la hora del descanso, el español y el indio necesitan disponer de alimento. No hay pan de trigo como el fragante en los mesones de Valladolid o de Segovia. Hay pan de maíz, amasado por las mujeres cuyos bohíos están ahí cerca, a la orilla del río. Es preciso comer de ese pan y beber de esa agua. El indio ofrece lo que produce la tierra nativa, en tanto que el recién llegado endulza sus labios con la fruta jugosa de los arbustos que lo rodean.

A esa hora el conquistador aprende las denominaciones propias del alimento que lo restaura y entra así en el dominio de las voces del reino vegetal.

Con ayuda de los naturales se levantan en todo el haz de América los aposentos asentados en ella según los usos de Castilla. Y las casas primeras para los primeros hogares, los palacios para los capitanes, las torres para los templos. Sobre lo cual puede afirmarse que la piedad cristiana entró en los espíritus aborígenes, no tanto por obra de los duros conquistadores sino por la dulzura que trajeron consigo las buenas mujeres castellanas.

Cada día el colonizador percibe en las conversaciones, muy nutridas denominaciones características de lo que es América. Unas veces ellas se refieren a los hallazgos minerales, otras a las acciones del hombre, otras más a las aldeas esparcidas en el amplio panorama del campo y la eminencia. Dicho colonizador se da cuenta de que el indio sabe más, mucho más, acerca de su suelo que él mismo, a pesar del penacho de su yelmo y del acero de su espada.

Por mucho que lo pretendan las investigaciones mayormente justificadas, jamás sabremos de qué raíces se formó en su inicial estructura la lengua de los toltecas mejicanos o de los chibchas colombianos. Tampoco lograremos conocer jamás los caminos por donde llegó a formarse la lengua de los incas peruanos o la domiciliada en las llanuras del Uruguay o de las pampas argentinas. Las huellas más remotas de las conversaciones humanas desaparecieron bajo el polvo de los milenios, en tales términos que el más aguzado de los entendimientos no podrá alcanzar nunca su realidad. Diestros lingüistas actuales han elaborado estupendos estudios acerca de las lenguas indoeuropeas, pero aún faltan los dirigidos al enorme conjunto de las lenguas precolombinas.

El pasado de todas ellas es tan arcano como lo es para los astrónomos la magnitud del firmamento.

No puede sorprendernos, por lo demás, el misterio que rodea a los pueblos de América en cuanto a sus recursos de expresión. Ni la antropología con sus variados recursos, ni la etnología con sus mayores elementos, han logrado hasta ahora precisar todo aquello que pretende la curiosidad científica en el Nuevo Mundo.

Cuando el Almirante de las Indias llegó a él, ya el hombre, que inicialmente fue libre dentro de sus fronteras naturales, yacía postrado en la servidumbre regida por el azote de los tiranos, sin que lograra escapar de las violencias guerreras o de la infinita crueldad de los sacrificios ofrecidos a las más voraces divinidades.

Si fuéramos a buscar los orígenes de pueblos tan severos consigo mismos, nos hallaríamos enfrente de problemas de imposible solución. Tales pueblos recibirían, sin duda, de hombres crueles hasta el extremo, nociones religiosas incomprensibles por la humanidad culta y cristiana del siglo xx. La lectura de los anales de México, *verbi gratia*, espanta a quienes los consulten y mediten, por cuanto en dicho país los ritos significaban el acabamiento de quienes por medio de su vida diligente hubieran podido enriquecerlo y prosperarlo.

No es propósito de este escrito indagar los orígenes del hombre americano, el cual fue conocido apenas a partir de 1492. Lo describió cada uno de los cronistas a cuya pluma se deben noticias de singular estima, y a él se refirió todo narrador hispánico de aquel tiempo brumoso; pero esto no significó ni pudo significar una explicación científica acerca de tan grave inquietud. El sacerdocio tiránico disponía plenamente del imperio tiránico de los grandes señores.

Geográficamente y partiendo del norte los lingüistas han estudiado las lenguas del Canadá y los Estados Unidos, México y los países de la región central. En seguida han figurado Colombia, Venezuela y el Perú, las comarcas del Brasil y la Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay. En todas ellas fueron vistas agrupaciones innumerables, poseedoras de lenguas de firme importancia y de múltiples dialectos o lenguas parciales.

En la América del Sur y en las Antillas se han mencionado los grupos araucano y arauaco, aimará y quechua, caribe y tupí-guaraní. A ciertas regiones de Colombia les correspondieron en importante proporción la lengua chibcha y numerosos dialectos. La altiplanicie de Bogotá conoció la lengua de los muiscas.

No es posible trazar una cifra determinada para los dialectos de la América del Sur. Esto lo decimos al ver cómo, después de 490 años del Descubrimiento, subsisten muchos en toda la extensión continental, no obstante la desaparición de tribus con cuya vida se extinguieron también. Con todo, resulta conveniente observar que en lo profundo de las selvas han resistido y siguen manteniéndose lejanas de cuanto las rodea. De esta suerte, sus integrantes ignoran el nombre de Cris-

tóbal Colón con sus carabelas, de los Reyes de España con sus oidores, y de la Independencia con sus próceres y mártires.

Es del caso notar que en la ciudad de Bogotá (capital de Colombia), dentro de sus cinco millones de habitantes, no es excepcional ver a indios de las comarcas de Sibundoy y sitios conexos, cuando ofrecen a los transeúntes sus admirables y multicolores tejidos de algodón y de lana. Tales comerciantes hablan la lengua española con los circunstancias, pero dialogan mutuamente en su idioma regional.

En la considerable extensión territorial de Cundinamarca y del Tolima son perceptibles abundantes denominaciones indígenas. Vamos a referirnos a algunas de ellas.

De procedencia muisca o chibcha son *Facatativá y Funza, Nemocon y Usme, Fontibón y Cajicá, Zipaquirá y Chía, Tabío y Tenjo*, y sería posible citar otras muchas. Pues bien: como lo hemos anotado en otro escrito, cerca de tales poblaciones existen otras cuya fisonomía fonética resulta enteramente forastera y extraña.

Por lo común, la desinencia *ima* figura en lugares como *Doima, Sasaima, Anolaima, Matima* o *Mátima, Tocaima, Bituima, Coyaima, Tolima, Natagaima, Combeima* y otros.

Toponimia análoga se observa en lugares de Venezuela citados por el sabio venezolano Lisandro Alvarado en su obra *Voces indígenas de Venezuela*. El pueblo antiguo que habló la lengua a que pertenecieron tales voces llegó con ellas hasta los límites de la nación citada con el Brasil. Nótese, por ejemplo, la Sierra de Parima.

Igualmente, en el Departamento de Cundinamarca hemos podido observar topónimos ajenos por completo a las voces muiscas de su vecindad. Nos referimos a denominaciones como *Caparrapí, Minipí, Abipai, Inipí, Iupí, Tatipí, Ibichipí, Tapiquí, Nupipí, Jupapí, Yacopí, Chaguani, Topapí, Guataquí, Guatachí, Guazacurí, Babaquí, Saquipai o Zaquipai, Cuepai, Nanchipai, Capripai y Tatí*. Estas son las voces de que da cuenta la obra *Enciclopedia histórica de Cundinamarca*, por Roberto Velandia, en los volúmenes segundo y tercero, amén de otras que omitimos en el presente estudio.

Además de tales topónimos, correspondientes a comarcas pobladas por indígenas muzos y colimas y panches, existen otros cuyas cualidades fonéticas no corresponden a las antiguas voces del muisca. Es obvio que nuestro juicio se da en el sentido de que no atribuimos aquellas a las razas habitadoras de tales sitios en los días de la conquista, pues no disponemos de los recursos comprobatorios pertinentes.

Otras voces aborígenes son: *Itoco, Iló, Nabuca, Murca, Sauncha, Caliche, Zumbe, Otumbe, Patá, Iguatá, Canchimai, Nacopai, Balabui, Sa-*

mampui, *Cone* y *Chucuma*. En distrito no lejano oímos una vez: "¡Cálle la churumbal!", para declarar: "¡Cálle la boca!".

En el poblado de Guataquí, a orillas del río Magdalena, se conocen los topónimos *Guauque*, *Charcai*, *Tocore*, *Cotores*, *Capera* y *Tocalla*. Y en la vasta región habitada por gentes de tribus no conocidas según sus orígenes, tenemos registradas las denominaciones que van en seguida: *Chipalo*, *Matala*, *Macandá*, *Chicuaneme*, *Cotoma*, *Limba*, *Apautá*, *Calá*, *Matú*, *Tapuló*, *Copo*, *Chiso*, *Chambacú*, *Poní*, *Nambita*, *Lurú* y *Tocaya*.

En la región de Pulí se hallan los topónimos siguientes, registrados también en las páginas de la citada *Enciclopedia*: *Ucuchuta*, *Lucuchuta*, *Talipa*, *Champán*, *Tapuló*, *Pituñá*, *Piquila*, *Michú* y *Locandá*.

Las apuntaciones anteriores se han formado como testimonio cierto de que no solamente los poseedores del dialecto muisca habitaron el territorio de Cundinamarca, sino gentes de cuyo paso, más o menos duradero, quedaron tan solo los topónimos conservados en papeles administrativos antiguos o en la voz de quienes ahora viven en tales comarcas.

Mediante el diálogo de la amistad y de la conveniencia recíproca lograron los españoles llegados durante la conquista, intercambiar sus voces con las que fueron propias de los naturales americanos. Posteriormente pudieron los colonizadores multiplicar el poderío de la lengua castellana, en proporción igual a la registrada para la decadencia de los dialectos, de tal suerte que el mundo vegetal quedó aceptado e incorporado a las conversaciones de todos los días, como nosotros podemos apreciarlo sin dificultad de ninguna clase. En cuanto al mundo animal debe decirse que los indígenas aprendieron al punto las denominaciones correspondientes a especies que jamás habían conocido: el caballo, el toro y la vaca, la oveja y el carnero, la cabra, el cerdo, el gallo y la gallina, el gato y el perro.

MANUEL JOSÉ FORERO

Academia Colombiana, Bogotá.